



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

R1720

S3

5

BR1720

.S3

R5

VIDA

—DE—

San Sebastián Mártir,

POR EL PADRE

PEDRO de RIVADENEIRA.

—DE LA—

Compañía de Jesus.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

LEON —1892

IMPRESA DE ZENÓN IZQUIERDO.

8696



1080014668

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

—VIDA—

—DE SAN—

SEBASTIAN MARTIR

POR EL PADRE

Pedro de Rivadeneira,

—DE LA—

COMPañIA DE JESUS.

Con licencia de la autoridad Eclesiástica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

LEON —1892

IMPRESA DE ZENÓN IZQUIERDO



Biblioteca Universitaria

FONDO EMERITO
VALVERDE Y TELLEZ
038696

8696



1080014668

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

—VIDA—

—DE SAN—

SEBASTIAN MARTIR

POR EL PADRE

Pedro de Rivadeneira,

—DE LA—

COMPañA DE JESUS.

Con licencia de la autoridad Eclesiástica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

LEON — 1892

IMPRESA DE ZENÓN IZQUIERDO



038696

8696

dó que asistiese en su palacio, y gustaba tratarle y encomendarle cosas de su servicio. Era San Sebastián cristiano interiormente, aunque en el trage lo disimulaba: porque puesto caso que su alma estuviese abrasada de amor de Dios, y de un encendido deseo de morir por El, como vió que por la terribilidad de aquella persecución muchos cristianos peligraban y vacilaban en la fé, juzgó que por entonces era más servicio de Dios no descubrirse él, para poder mejor ayudar y favorecer á los cristianos hasta que fuese tiempo de manifestarse y morir con ellos. Para esto visitaba á los cristianos que estaban encarcelados; socorriálos en su pobreza; animábalos en sus tormentos; tenía en pié á los que iban á caer; y levantaba á los caídos, ganando para Cristo las almas que el demonio le quería quitar. Entre estos cristianos, á quienes dió la vida San Sebastián con sus palabras, fueron dos caballeros romanos, llamados Marcos y Marceliano, hermanos de un vientre, é hijos de Tranquilino y de Marcia su mujer, personas muy nobles y ricas, y los mismos Marcos y Marceliano eran casados y tenían hijos, y estaban presos en la cárcel por la fé de Jesucristo: á los cuales visitó San Sebastián, y con dulces y eficaces palabras les persuadió que no temiesen los tormentos ni la muerte por Cristo, que es verdadera y eterna vida. Pudieron tanto sus palabras para con ellos, que pasaron con grande esfuerzo y alegría sus tormentos, y se ofrecie-

ron al cuchillo. Dióse sentencia contra ellos de inerte, si no sacrificaban á sus dioses; mas como eran tan principales caballeros, sus padres, mujeres, deudos y amigos cargaron sobre los jueces y pidieron algunos dias de espera, para persuadir á los dos hermanos que sacrificasen, y alcanzaron treinta dias de plazo para este efecto. En este tiempo no se puede creer la batería que les dieron; los medios que intentaron, las artes que usaron, para pervertirlos y ablandarlos. Los otros caballeros sus amigos, con quienes en otro tiempo se habian holgado, les proponian las honras, las riquezas, los placeres y entretenimientos del mundo, de las cuales, como mozos honrados y ricos, podian gozar sin perder las vidas, mujeres é hijos, y dar mala vejez á sus padres, y acabarlos de puro dolor y sentimiento. La madre Marcia les traía á la memoria los dolores que tuvo quando á los dos juntos dió á luz; las molestias en criarlos; los trabajos en enseñarlos; los cuidados y ansias de corazón en casarlos y ponerlos en estado; y finalmente decía, que tantas veces los habia dado á luz, en tantas habian tenido algun trabajo, desgracia ó enfermedad: y que en pago de todos estos beneficios le querian quitar la vida, la cual sin duda con su muerte se acabaría. Tranquilino, su padre, cargado de años y dolores de la gota no podía hablar de pena; mas hablaba con sus continuas lágrimas, sollozos y gemidos, y abrazando y apretando á sus hijos con amor y



E

HEME

ternura de padre, lastimaba sus corazones. Pues las mujeres de Marcos y de Marceliano, poniéndoles allí delante sus dulces hijos, y dando alaridos que llegaban hasta el cielo, atravesaban las entrañas de los santos mártires: los cuales, como hombres amorosos y nobles, sentían los duros golpes y la brava batería y los continuos asaltos que por todas partes les daban, que eran tan recios y furiosos, que apenas podían resistirles, ni defenderse en una tan fuerte y dura pelea.

Hallóse á este espectáculo, disfrazado como solía, San Sebastián; y viendo el peligro en que estaban aquellos dos soldados de Jesucristo, y la furiosa batería que por todas partes sus enemigos les daban, parecióle que tenían necesidad de socorro, y que era ya tiempo de descubrirse y hablar, para que el demonio no quedase vencedor con mengua y escarnio del partido de Jesucristo. Volvióse á los dos hermanos, y allí delante de todos les habló de esta manera: "O valerosos soldados, y fortísimos capitanes del rey de los reyes Jesucristo; tened fuerza en esta dura pelea, y no os dejéis vencer de tantos y tan grandes enemigos. Las lágrimas mujeriles venzan á las mujeres, y las palabras blandas á los hombres regalados; que en vosotros, siendo como sois tan esforzados ó invencibles, no harán mella ni la presencia y lágrimas de vuestros padres, ni la ternura de vuestras mujeres, ni la poca edad y soledad de vuestros hijos, ni los daños que os

han representado traspasarán vuestro corazón, armado como de un peto fuerte de fortaleza y constancia: porque no puede sentir daño, sino falso y aparente, el que obedece á su Criador; ni tener cuenta con la honra de la tierra, el que aspira á la gloria y bienaventuranza sempiterna. Mostrad á todos estos vuestros amigos y deudos, según la carne, que el verdadero soldado de Cristo, con el esendo de la viva fé, y con el arnés de la caridad, fácilmente resiste á todos los golpes blandos del regalo, y á los duros del tormento, y á la ferocidad y espanto de la misma muerte cuando pretenden apartarle del amor de su Señor. A un punto habeis llegado, que, ó habeis de perder á Cristo, ó á todos los que aquí están, y aun á vosotros mismos. ¿Quién os ha hecho hasta ahora confesar á Cristo? ¿Quién os ha tenido en esta cárcel tanto tiempo? ¿Quién os ha dado fuerzas para padecer tantos tormentos y martirios? ¿No ha sido el amor de Cristo? ¿Pues no sabíades, que vuestra muerte debía de dar dolor á vuestros padres, á vuestras mujeres y á vuestros hijos? Pero por la gloria eterna todo lo habeis sufrido. ¿Pues podrán ahora vencer las lágrimas á los que los dolores y tormentos no han vencido, para dar que reír á los gentiles, y escarnecer vuestra constancia, que ellos llaman obstinación, viéndoos ahora arrepentidos y rendidos con vileza? No, no podrá tanto el amor blando de vuestros hijos, que os haga perder lo que habeis ganado con vuestra sangre. Al-

zad en alto el trofeo de vuestra gloria, y no arrojéis las armas delante de vuestro enemigo; pues ya le tenéis rendido y debajo de vuestros piés. Si los que lloran aquí supiesen lo que vosotros sabéis, y la gloria que esperan los buenos, y las penas que están aparejadas para los malos, sin duda que acompañarian vuestro triunfo, no con lástima sino con envidia; con gozo y no con llanto; con alabanza y no con queja y sentimiento; mas ellos aman esta vida temporal que engaña á todos los que se abrazan con ella, no teniendo cuenta en la eterna. Esta vida es la que trae embancados y fuera de sí á sus amadores, y los despena en todos los vicios, y persuade al goloso la glotonería, los adulterios al deshonesto, al codicioso el hurto, al vengativo la crueldad, y al mentiroso la astucia y engaño." Y volviéndose á los circunstantes: "No queráis, señores, que estos caballeros pierdan el cielo, ni os opongais al espíritu divino, que les hace hollar la vanidad y maldad de esta vida mortal, ó por mejor decir, vida ya muerta. No os dé pena, que se aparten de vosotros; pues os harán camino para conocer y amar la verdad, y después os juntareis con ellos para siempre en aquel real palacio, que esperamos los cristianos, donde hay otra vida verdadera, vida eterna, vida tranquila, vida feliz y segura; que esta nuestra es vida mortal, trabajosa, miserable y dudosa. Y si os parece que se puede

menospreciar la muerte, mas no los tormentos que se dan á los cristianos, más horribles que la misma muerte; á esto os digo, que cuanto los tormentos son más crudos por Cristo, tanto son más gloriosos; y que pues por los temporales excusamos los eternos, y alcanzamos corona inmortal, los debemos tener por gran ganancia. No son sueños estos, ni fábulas ó imaginaciones, sino verdades macizas y del cielo: los milagros, que cada dia obran los cristianos, lo testifican. Los muertos resucitan, los ciegos ven, los enfermos de todas dolencias, por arte humana incurables, cobran perfecta salud en solo el nombre de Cristo, con tanta evidencia, que no se puede negar ni atribuirse, como vosotros sois, á hechizos ó arte mágica, pues ningún mago hasta ahora ha resucitado muertos: y si son verdaderos los milagros que hacen los cristianos, también lo serán las promesas de Cristo, y por ellas es justo morir: y si no son verdaderos, ¿qué mayor milagro puede haber en el mundo, que verle convertido sin milagros á la fé de este Señor, á pesar de los emperadores romanos, y de sus armas y poder, y de todos los tormentos que ellos han inventado contra los que profesan esta religión? Por tanto enjugad las lágrimas, señores, y con alegría acompañad el triunfo de estos santos mártires, por cuyo merecimiento espero en Dios que os alumbrará." Diciendo esto el caballero esforzado de Jesu-risto, Sebastián, al improviso bajó una luz



E
HEME

UNIV

MA

DE

resplandeciente que causó gran admiración, temor y alegría á todos los que estaban presentes; y en medio de ella aparecieron siete ángeles, y delante de ellos el Señor de los ángeles, á quien ellos hacian reverencia: el cual, acercándose á Sebastián, le dió ósculo de paz, y le dijo: "tú serás siempre conmigo." Sucedió todo esto en casa de Nicóstrato, á donde habian llevado presos á los santos hermanos. Tenía Nicóstrato por mujer á Zoa; la cual por una enfermedad muy recia, que había tenido seis años antes, habia perdido el habla y estaba muda, aunque no sorda. Esta, habiendo oído todo lo que San Sebastián había dicho, y visto la luz y los ángeles en favor del santo, postrada á sus piés, con señas, como mejor pudo, le dió á entender que quería ser cristiana, y le pidió que la hiciese bautizar.

El Santo, después que supo la enfermedad de Zoa y que no podía hablar, le dijo: "Si yo soy siervo de Jesucristo y es verdad todo lo que he dicho, el mismo Señor Jesucristo te sane y desate tu lengua, y te haga hablar." Diciendo esto, hizo la señal de la cruz, sobre la boca de la muda, y al momento cobró perfectamente el uso de la lengua, y alabó al Señor y á San Sebastián, por la merced que había recibido. Con este milagro tan patente é illustre, Nicóstrato se convirtió luego á la fé de Cristo, y se echó á los piés de aquellos santos hermanos, y rogóles que se fuésen con Dios á sus casas, y que le perdonasen el haberlos te-

nido en la suya; porque estaba ciego, y sin conocimiento de la verdad, y que él holgaría mucho de ser preso y atormentado, y muerto, por haberles dado libertad.

Ya Tranquilino y Marcia, y las mujeres e hijos de Marcos y Marceliano, con lo que habian oído y visto, se habian trocado y mudado de parecer: derramaban todos de sus ojos dulces y copiosas lágrimas; mas, lágrimas que salian ya de otra fuente, y de otro corazón que las primeras; eran lágrimas con que lloraban las lágrimas pasadas, y las persuasiones que habian hecho á los dos caballeros de Jesucristo, procurando pervertirlos y apartarlos de nuestra fé.

Conoció esto Marcos, uno de los hermanos, el cual habiendo callado hasta entonces, volviéndose á ellos, les dijo: "padres míos amantísimos, mujer, cuñada, hijos y sobrinos míos dulcísimos; de lo que habeis visto y oído entenderéis que la peor cosa que puede hacer el hombre, es amancebarse con su carne, amarla y regalarla; y lo mejor aborrecerla; y mirar por su alma, y aspirar á la vida eterna: porque esta nuestra alma está sellada con la divina imagen, adornada con la semejanza de su Criador, desposada con el anillo de la fé, dotada con los dones del Espíritu Santo, redimida con la Sangre de Cristo, defendida con guarda de los ángeles, capaz de la bienaventuranza, y heredera de la bondad y riquezas de Dios. Pues, ¿qué tiene que ver esta alma

tan noble con la carne tan flaca y sucia, como lo muestra todo lo que sale por diversas partes de nuestro cuerpo? Pues siendo esto así; ¿porqué queremos guardar tanto este nuestro cuerpo frágil, y quitarle de las penas y tormentos? Muera, muera el cuerpo vil, para que el alma viva para siempre. Mi corazón estaba atravesado de dolor, por veros tan engañados; mas ahora yo hago gracias á mi Señor Jesucristo, que os ha alumbrado y puesto en camino de la salud. Hermano Marceliano, peleemos como caballeros de Cristo; muramos por el Señor, que murió por nosotros; y toda nuestra contienda sea, sobre quien de los dos ha de morir primero, para hacer camino al otro.

Todos aprobaron lo que había dicho Marcos; y el fin felicísimo de este espectáculo fué, que pidiendo Nicóstrato y Zoa, su mujer, con grande instancia el bautismo, San Sebastián les ordenó que trajesen primero á su casa todos los otros presos, que por sus delitos estaban en la cárcel, para que oyesen la palabra de Dios, y los que la recibiesen participasen de los misterios sagrados de nuestra santa fé, y del precio de nuestra redención.

Trajéronse los presos por mano de Claudio, que era escribano del crimen; y habiendo despedido á los ministros de justicia, Nicóstrato los presentó todos atados delante de San Sebastián; el cual les predicó con tan vivas, eficaces y encendidas razones, que abriéndoles el Señor con su espíritu el corazón, dieron lu-

gar á que entrase en él el rayo de la divina luz, para que conociesen los errores de su vida pasada, y la ceguedad de la idolatría en que estaban, y se convirtiesen á la fé de Cristo, y le pidiesen perdón y misericordia de sus culpas.

El número de los que esta vez se convirtieron por medio de San Sebastián fueron setenta y cuatro, y entre ellos Tranquilino con su mujer, nuera, nietos y amigos, y Nicóstrato con su mujer y familia, que eran treinta y tres personas, y otros diez y seis de los malhechores, que habian sido traídos de la cárcel.

A todos estos bautizó Policarpo, sacerdote de Cristo, habiendo primero ayunado todos aquel día hasta la noche, y ofrecido al Señor sacrificio de oraciones y alabanzas. El padre espiritual y padrino de todos aquellos nuevos cristianos fué San Sebastián. Entre los que se bautizaron había algunos dolientes, los cuales, por virtud del santo bautismo, quedaron sanos. Uno de ellos fué Tranquilino, que estaba como tullido de la gota, ya había once años; y otros dos hijos de Claudio, escribano, que tambien se había convertido, de los cuales uno estaba hidrópico, y el otro lleno de llagas. Ninguno puede fácilmente creer la alegría que causó este suceso en el pecho de San Sebastián, y de aquellos santos hermanos Marcos y Marceliano, sino el que sabe á qué sabe Dios, y el gusto de las almas.

Animábanse los unos á los otros en la fé

y servicio de Cristo, aguardando que llegase el plazo de los treinta días señalados por el juez para ejecutar la sentencia contra los dos santos hermanos. Gastaban todo el tiempo en oración, en cantar himnos y salmos, y á suplicar al Señor que les diese constancia, y á cada uno de los otros hiciese digno del martirio, ardiendo en vivas llamas del amor de Cristo, hasta las mujeres flacas, y por su naturaleza tímidas, y los niños tiernos y delicados. Llegó el plazo de los treinta días, y el prefecto de la ciudad, llamado Cromacio, envió á llamar á Tranquilino y díjole: "Pues ¿qué han determinado vuestros hijos? ¿Habéisles persuadido que sacrifiquén á nuestros dioses, y obedescan á los emperadores?" Respondió Tranquilino: "Bienaventurados son mis hijos, y yo también lo soy, pues Dios me ha hecho conocer la verdad de la religión cristiana." "Y tú también, dijo el prefecto, has perdido el seso y enloquecido al fin de tus días?" "Loco es, dice Tranquilino, el que deja el camino de la vida, y sigue el de la muerte." "¿Qué vida y qué muerte? dijo el prefecto." "Si me quieres atentamente oír, respondió Tranquilino, serás bienaventurado, y tu alma y tu casa lo será." "Yo oiré muy despacio, dijo el prefecto; pero mira que no me digas cosa que no me la puedas probar." Tavieron entre sí los dos un largo razonamiento: declaró Tranquilino á Cromacio los misterios de nuestra santa fé: respondióle

gravemente á las dudas que tenía; y favorecido del Señor, le inclinó á la fé, aunque despues Sebastián y Policarpo acabaron lo que Tranquilino había comenzado.

Con Cromacio se convirtió toda su casa, en la cual había mil y cuatrocientos esclavos, y dióles á todos libertad, diciendo que los que comenzaban á tener á Dios por padre, no debían ser esclavos de los hombres.

Embraveciase cada día más la persecución, y llegaban al cielo las olas de aquella tempestad, de suerte, que ya los cristianos no podían comprar ni vender, ni hallar de comer, si primero no incensaban á las estatuas de los dioses, que por mandato del emperador estaban puestas en todos los mercados y plazas.

Viendo que ya no podían escapar, y que entre ellos había muchos flacos y enfermos, por orden del santo Pontífice Cayo, que á la sazón presidía en la Iglesia universal, salieron muchos con Cromacio, y fueron sustentados y amparados de él en sus posesiones y granjas fuera de la ciudad, y otros quedaron en ella, como reses en el matadero.

Entre los que quedaron fué uno San Sebastián, al cual dió San Cayo, papa, título de defensor de la fé; y es la primera vez que leemos haberse dado este tan glorioso título por la sede apostólica. Quedaron asimismo Marcos y Marcelino en Roma, y el nuevo prefecto, llamado Fabián, hizo ejecutar la sentencia de muerte contra los dos santos

hermanos; á los cuales, atados á un palo, les clavaron con gran crueldad los pies, y allí en medio de sus tormentos cantaban himnos, y salmos al Señor; el dia y toda la noche, hasta que con las lanzas les traspasaron los costados y los pechos; y así acabaron y dieron sus almas á Dios, y sus cuerpos fueron enterrados, dos millas cerca de Roma, en un arenal.

Todos los otros que habian sido convertidos por San Sebastián, asimismo murieron y dieron la vida por Cristo, de lo cual hubo grande alegría y regocijo entre los cristianos, y tristeza y confusión entre los gentiles.

Vino á noticia del emperador Diocleciano, que Sebastián, con nombre y hábito de capitán suyo, era soldado de Cristo, y el que hacía mucho más guerra á los dioses, á los templos, y á todo el imperio romano; pues persuadió á todos, que creyesen en un hombre crucificado, y blasfemasen de los dioses, para que ellos enojados destruyesen aquel imperio, que tanto habia florecido con el culto de su religión. Llamó el emperador á Sebastián, y alterado, y demudado el rostro por la saña, le dijo: "¿Hete yo por ventura, Sebastián, honrado y puesto en el grado en que estás, para que tú, viviendo en mi palacio como cristiano, me seas desleal y provoques la ira de los dioses contra mí?" A esto mansa y humildemente, respondió Sebastián: "Yo, señor, siempre he sido muy leal, y por tu salud y por la de tu imperio siempre he suplicado al ver-

dadero Dios, que es Criador del cielo y de la tierra, por parecerme que es gran desatino adorar las piedras y pedir favor á los que no se pueden mover, ni tienen espíritu ni vida." A estas palabras se turbó y embraveció el emperador sobremanera, y mandó que arrebatasen á San Sebastián, y le quitasen de su presencia, y que poniéndole delante del pecho una tablilla, en que estuviese escrito que era cristiano, en pié, en medio de un campo, le atasen y le asaetasen los flecheros y tiradores de sus guardas.

Hizose así como el emperador lo mandó; arrebatan al santo caballero de Jesucristo los soldados y ministros de Satanás: sácanle al campo: desnúdanle: átanle, y descargan tantas saetas en él, que su sagrado cuerpo no parecía cuerpo de hombre, sino un erizo; mas su bendita alma en medio de las saetas y de las penas estaba muy alegre y regalada, y entretenida con Dios; y el corazón abrasado del divino amor deseaba padecer mucho más de lo que padecía, y que se multiplicasen las saetas para que con ellas se multiplicasen también las heridas, y tener más que ofrecer al Señor. Tuviéronle los soldados por muerto, y dejándole así atado, se volvieron á sus casas.

La noche siguiente, la mujer que habia sido del santo mártir, Cástulo, llamada Irene, yendo secretamente al lugar donde habian asaeteado á San Sebastián, para tomar su cuerpo, y enterrarle, le halló vivo. Trájole á su casa,

curóle, sanóle, y dentro de pocos dias cobró entera salud. Supieron esto los cristianos: acudieron luego á él exhortándole y pidiéndole con muchas lágrimas que se partiese, para que no callesé otra vez en manos de tan cruel tirano: mas el esforzado caballero de Cristo, movido con otro espíritu superior, y encendido en un fervoroso deseo del martirio, sabiendo que los emperadores habian de pasar por cierta parte de la ciudad, se les puso delante, y con voz severa y grave les dijo: "Los pontífices y sacerdotes de vuestros templos os traen engañados, fingiendo muchas cosas contra los cristianos, y dándoos á entender que son enemigos de vuestro imperio; siendo la verdad que está en pié por las oraciones que ellos siempre hacen por su conservación."

Turbóse Dicoeciano más de lo que fácilmente se puede explicar, oyendo estas palabras, y viendo vivo al que tenía por muerto, y estuvo así turbado y suspenso, hasta que volviendo en sí, le dijo: "Eres tú Sebastían, el que yo mandé matar? ¿No moriste? ¿Cómo estás vivo?" Respondióle el Santo: "Porque mi Señor Jesucristo se ha dignado darme la vida, para que aquí delante de todo el pueblo dé testimonio de la verdad de su fé y de vuestra crueldad, que tan sin razón perseguís á los Santos y á los que no tienen culpa: poned fin á vuestra maldad y no derrameis más la sangre de los inocentes, si quereis vivir, y que dure vuestro imperio." Embravecióse mas el fie-

ro tirano: mandóle quitar de allí, y azotar y apalear, hasta que muriese.

Diéronle tantos y tan crueles golpes al Santo, que dió su alma al Señor, y tomando su cuerpo le arrojaron de noche en un albañal y lugar sucio, donde solian echar todas las inmundicias de la ciudad, para que los cristianos no supiesen donde estaba y le honrasen como á mártir, ni hiciese milagros, y con la ocasión de ellos se convirtiesen los gentiles á la fé de Cristo. Pero el Señor, que tiene tanto cuidado de honrar á los que le glorifican y mueren por El, lo ordenó de otra manera; porque el mismo San Sebastían apareció en sueños á una santa matrona, llamada Lucina, y le reveló donde estaba su cuerpo, y cómo habia quedado colgado de un gancho de un palo, y no habia caído en aquel lugar hediondo é infame, á donde le habian arrojado, y le mandó que le enterrase en las catacumbas, á la entrada de la cueva, á los piés de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Hizolo todo como le fué mandado la religiosa mujer, y estuvo treinta dias sin partirse, haciendo oración en el lugar donde habia dado sepultura al santo cuerpo; y después que el Señor dió paz á su Iglesia, hizo un templo de su misma casa, y dejóle todos sus bienes, que eran muchos, para el culto divino y sustento de los pobres fieles.

Esta fué la vida y muerte del glorioso caballero y fortísimo capitán de Cristo San Sebastían, al cual podemos llamar dos veces mártir.

tir; pues dos veces le atormentaron y pretendieron quitar la vida. Tiene todo el pueblo cristiano mucha devoción á este Santo, por los beneficios que continuamente recibe de la mano del Señor, especialmente en tiempo de pestilencia, mostrándose piadoso á los que se le encomiendan y piden favor: lo cual tuvo origen de lo que en tiempo de Agatón, papa, sucedió en Roma, en la cual, siendo tocada de pestilencia, por ordenación divina se puso un altar de San Sebastián, y luego cesó la pestilencia; y después otros pueblos y ciudades en semejantes aprietos han sentido el mismo favor y beneficio. También es cosa antigua, que la Iglesia Romana invoque el favor de los enemigos de la fé, tomando por patronos á San Sebastián, á San Jorge y á San Mauricio, como lo dice el orden romano, y lo notó el cardenal Baronio. El martirio de San Sebastián fué á los 20 de Enero del año del Señor de 286, el año tercero de Diocleciano. Celebra la Iglesia el mismo día su fiesta. Hacen mención de este glorioso y valeroso mártir de Cristo, San Ambrosio sobre el salmo CXVIII en el sermón 10; San Agustín en el sermón de San Fabián y San Sebastián; y San Gregorio en el primer libro de los Diálogos, capítulo X; San Isidoro en su Breviario; Pablo diácono, *lib. VI de Gestis Longob. cap. 2*; Beda, Adón, Usuardo, y Baronio, tomo II, y en las anotaciones al Martirologio.



re-
gle-
gos
as-
ce
io.
de
o





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

